

Haití mañana.

Cuestiones para parir un tiempo nuevo.

El llanto rasga el silencio de todos en la noche cansada de Puerto Príncipe. Todo el país vive este luto obligado de la noche y de la muerte. Esta sacudida terrible, este terremoto, ha obligado al país por completo a una búsqueda de esperanza, de futuro, de mañana. Y los días siguientes han llegado y es como si todos estuvieran perdidos, sin brújula. Instituciones y edificios en escombros, ministros muertos, la misión de naciones unidas devastada, miles de mujeres, niños, hombres, enterrados. Y, sin embargo, hay que ocuparse de la vida. Incluso arañar con las manos los escombros. Apartar los animales de los cadáveres suavemente envueltos en blancas telas, en un rincón de nuestra angustia. ¿Dónde, cómo, qué hacer? En esta búsqueda común de respuestas. En la desnudez inválida de un dolor excesivo, el pueblo de Haití ha encontrado una fe y una solidaridad nuevas. La construcción del futuro es, desde ahora, un bien común necesario.

Para acercarse humanamente a todo el dolor de Haití, de los haitianos. Las imágenes, las informaciones y las palabras no son suficientes. Sabemos que la devastación de esta isla ha sacudido hasta los cimientos de su historia. En las catástrofes la identidad de los pueblos se ve interpelada. Con este terremoto la negritud libre del pueblo haitiano ha temblado, y ha traído consigo la muerte, y lo construido se ha venido abajo. Caminos, escuelas, árboles, iglesias, palacios, puerto, todo por un momento ha sido irreconocible. Escombros y polvo, y sangre, y gentes vivas, perdidas, dolidas, buscando. En este demasiado la solidaridad despierta. Las buenas voluntades, las conciencias heridas, la ayuda, la asistencia se ponen en pie, quieren ser útiles a tanto drama.

Para salvar la distancia que se impone entre los que han vivido este desdoblamiento de la pérdida y todos nosotros se hace obligatorio un amplio "espacio franco de silencio". La humanidad necesita hacer suyo el dolor de los demás. Necesita dar tiempo al luto de los otros. Darse un silencio largo, de incompreensión mutua, de extrañamiento, de mirada prolongada, de abrazo. No podremos ofrecer a los demás asistencia sin construir antes un largo silencio. Un silencio respetuoso del dolor del otro que naturalmente ignoramos porque no estábamos allá a la hora de tanta muerte. El hombre que encontramos en la calle contesta detrás de nuestro "buenos días, ¿qué tal?"; un valeroso "un poco bien, gracias". Descubrirás, un poco más tarde, que ha perdido su mujer y sus dos hijos. Si queremos entrar en la fuerza y la esperanza con nombre propio de cada haitiano en carne viva se hace necesario un silencio personal correspondiente.

En un tiempo de informaciones múltiples, de ruido, Haití nos invita a nacer a un silencio compañero, activo, doliente y respetuoso. Sin este silencio de compasión todo gesto se convierte en asistencia obligada, en ayuda no recíproca.

En este silencio desorientado una nueva fe y una nueva solidaridad ha enraizado en cada ciudadano de Haití. Pocas son las noticias difundidas del valor de unos y otros, de la ayuda esencialmente local, de compartir lo poco de comida o de agua que se encontró. De tantos y tantos actos valerosos de los haitianos mismos. De la oración conjunta, de los silencios, de los llantos compartidos. De estos jóvenes que se movilizan para que la ayuda, rara, llegue hasta el último vecino del barrio.

Esta juventud es, en todos sus gestos de solidaridad, la soberanía de un país de futuro.

La reconstrucción requiere, más que nunca, un estado útil, reconocido y apoyado por todos. Las sospechas de corrupción, las críticas de ineficacia, la actitud de gobiernos y ayudas internacionales socavan muchas veces esta autoridad haitiana imprescindible para un ejercicio independiente y soberano. Las autoridades del país no son ajenas al proceso de destrucción y luto. Incluso el presidente, horas después del terremoto, aún no sabía si su primer ministro estaba con vida. Diecisiete de dieciocho ministros yacían bajo los escombros junto con doscientos trabajadores de la misión de naciones unidas en el país. ¿A quién solicitar ayuda?, ¿cómo?, ¿dónde?. El gobierno de Haití comparte plenamente el desconcierto y el valor de su pueblo para

enfrentarse al futuro. Las autoridades políticas han reafirmado su intención de reforzar un cuerpo policial sólido, bien formado. Algunos gobiernos extranjeros se han hecho eco de esta petición y han venido a aportar su ayuda financiera. Han puesto como condición no tener que pasar por el gobierno local para efectuar los pagos. ¿Qué país en el mundo podría aceptar una tutela igual?.

Nadie en Haití niega la necesidad imperativa de la ayuda internacional. Sin esta ayuda nada es imaginable. El reto fundamental de esta cooperación es cómo constituir un factor de sostén a la soberanía nacional, un elemento de estabilidad, de respeto mutuo.

En un tiempo de objetivos miles para cambiar el mundo habría que preguntarse, ¿Haití cambia al mundo? En Haití nace hoy una obligación de cooperación a ritmo de respeto, una ayuda a ritmo de autonomía, una asistencia técnica que se apoye en las riquezas nacientes de un país materialmente destrozado.

Dicen los haitianos que se impone, para pensar un futuro posible, un cambio en las mentalidades. El terremoto ha democratizado la escasez y el destrozado en una sociedad donde la división era grande entre los que tenían, y los que no tenían. Los que tenían un poco, y los que apenas su soledad cargaban. En esta experiencia de fractura social y personal por culpa de la miseria ninguna sociedad tiene lecciones que dar a los demás. Todos somos aprendices. La asistencia actual de la urgencia se ha apoyado en las fronteras antiguas del mundo de la exclusión. Algunas zonas o barrios han sido consideradas, automáticamente, como zonas inapropiadas para las labores de distribución. Ya sea por la dificultad de logística puesto que los caminos son demasiado estrechos o por la falta de "condiciones" de seguridad. Es en alguno de estos barrios que el Movimiento Cuarto Mundo en Haití vive su compromiso. En estos barrios sus habitantes manifiestan diariamente su compromiso por un mundo menos sacrificado por la injusticia de la miseria. Muchas personas, especialmente los jóvenes del barrio y otras personas comprometidas con nuestra asociación, han sumado sus fuerzas para hacer realidad algo que debiera haber sido norma. Que los gestos de asistencia en la urgencia llegue a los damnificados, a todos y cada uno de ellos. Esto ha supuesto una movilización activa de muchos vecinos. Ha implicado también un diálogo abierto y constante entre los miembros de nuestra asociación y otras ONGs de urgencia (la ACF fue la organización que aceptó el reto de la distribución en esta zona). Ha supuesto una proximidad testaruda y paciente hasta las zonas más aisladas. En estos lugares, fragilizados en su autoridad por todas las violencias de la vida diaria, la confianza de toda una comunidad es lo que se necesita para cambiar las cosas. La confianza nacida durante años de acción comunitaria, de visita, de presencia activa en el barrio en torno a la promoción de la salud o de la cultura, de compromiso activo de vecinos pobres y comprometidos solidariamente hacia otros más desfavorecidos. Esta confianza mutua ha hecho posible esta pequeña gran experiencia del "para todos, para cada uno". Tanto en la urgencia como en la acción comunitaria la exigencia de "para todos, para cada uno" obliga a preguntarse; ¿quién no ha sido movilizado?, ¿por qué algunos no han venido?. En el fondo no es posible una economía, una cultura, un bienestar para todos y cada uno, sin la responsabilización de todos y cada uno en su puesta en práctica. El ejercicio de la distribución "para todos", "hasta cada uno" ha sido sobre todo una experiencia cansada que ha llenado a todos de orgullo. Y ha puesto en evidencia todos los retos humanos prácticos para cumplir este objetivo exigente. Y, sobre todo, deja en nosotros la inquietud de la práctica común de objetivos por números, por tantos por cientos, por cifras que no exigen un ejercicio colectivo de búsqueda de todos y cada uno. Los haitianos quieren un país nuevo. Los que tienen experiencia directa de la exclusión y división social piden un país nuevo, sin miseria, para cada uno, para todos. Un futuro sin división social que solicite y movilice la inventiva y la creación de cada haitiano por un país de solidaridad nueva. El terremoto dejó a flor de tierra la riqueza de siempre del país, su gente, su fe, su valor, su gente. Cuando la técnica de la ayuda parecía imposible por todas las roturas del país, la vida se hizo posible gracias a los haitianos mismos y todo el coraje que inventaron. En un país de futuro esta inventiva, esta solidaridad y esta fe tendrían que constituir el patrimonio nacional de la reconstrucción. Si durante los primeros tiempos el arroz y los bienes y los técnicos se pensaron desde lo que hacía falta, desde lo que se podía aportar desde fuera. Para un largo plazo el pueblo de Haití necesita que se invierta en las riquezas que posee. En sus medios de producción, en sus bienes, en sus conocimientos, en todo aquello que reafirme su orgullo de pueblo libre y no en aquello que subraye la nueva dependencia

de un pueblo esclavo de la catástrofe y de la ayuda exterior. Las voces se levantan para exigir las técnicas más punteras en términos de construcción anti sísmica, en términos de desarrollo agrícola, en términos de descentralización. ¿Esta técnica se plegará al campesino que la renueve con su práctica, al albañil que la experimente con materiales de acá, a las autoridades locales que las apliquen en los acentos y ritmos sociales de este pueblo? En una sociedad con sed de unidad, ¿las técnicas y los medios servirán de motor para la nueva riqueza humana de un país sin divisiones?. Las discusiones filosóficas y de conocimiento que hoy rebosan los medios de transporte y las calles y que vivifican el país con su esperanza imaginaria. ¿Serán acalladas por el saber de los técnicos? Los técnicos venidos de fuera, ¿qué espacios tendrán para aprender la fuerza, la riqueza y el saber de los haitianos?. ¿Dónde tendrá lugar esta fecunda convivencia?. Los pueblos dispuestos a compartir sus medios, ¿estarán dispuestos también a compartir su juventud y enviarla a tejer su destino en esta escuela de humanidad nueva? Los haitianos quieren reconstruir el palacio nacional, sus escuelas, sus caminos, su agricultura, y quieren poder estar orgullosos de sí mismos, de sus logros, del valor que depositan en toda la vida que crece en las cosas. Haití no podrá considerarse un país nuevo si no se libra de la pobreza antigua, frente a sus ojos y frente a los de los demás. Nace un tiempo en el que las riquezas nuevas se ponen en valor. La capacidad de todas sus gentes en construir un país, una economía, un gobierno, una agricultura y una armonía social diferente. Nosotros, nuestra asociación, somos herederos de un largo combate por una vida digna en medio de la urgencia de la extrema pobreza. En medio de un sufrimiento largo de hambre, de enfermedad gratuita, de dependencia de la ayuda, de destrucción de las familias. En medio de la humillación y el dolor colectivo del barrio de chabolas en el que nació nuestro compromiso. En medio de la urgencia de todo, la primera exigencia de futuro que nos impusieron las familias más pobres era la de restablecer un conocimiento portador de dignidad. Un conocimiento que acabara con la ignorancia del mundo de la extrema pobreza. La ignorancia ancestral no tanto de la falta de saber de los pobres, sino de la ignorancia de la sociedad engreída que ni tan siquiera ve, conoce, descubre, la humanidad del mundo de la miseria, su inteligencia, su resistencia, su fuerza, su esperanza antigua, renovada. Esta lucha próxima a la vida de las comunidades muy pobres nos obliga hoy a los combates más diversos y más esenciales de la humanidad. El combate por un medio ambiente posible a la vida a largo plazo. El combate por una sociedad anclada en la capacidad y en el bienestar de cada ser humano. El combate por una actividad económica incrustada profundamente en esta sociedad y en este medio ambiente. El combate por una identidad digna, una historia y una cultura construidas con el aporte concienciado de cada uno, con todos sus saberes, con todas sus dignidades, con todos los sentidos. En la búsqueda de futuro muchos son los que combaten por más justicia, más humanidad, más simplicidad. Son muchas y muchos los que ponen en práctica técnicas y saberes para construir un mundo que tenga como punto de partida y alcance la dignidad de todos. Que tenga como eje de rotación, en el centro de su aprendizaje el centro de su ignorancia. Lo ignorado, el excluido, el hombre de la miseria. Haití, en su afirmación de mañana, pone todas estas interrogaciones encima de la mesa. Las familias muy pobres saben lo que significa vivir en esta negación permanente de futuro. Para que la vida de todo un país, no como abstracción, sino como realidad hiriente en cada haitiano con esperanza. Para que esta vida sea posible, ¿qué compromisos son necesarios?, ¿qué conocimientos?, ¿qué audacia?. En una reconstrucción de la escuela, del trabajo, de la capacidad humana, de la cohesión social, del diálogo, de la ecología, de la cooperación, de la cultura como nos propone el compromiso con el pueblo de Haití, ¿podemos seguir siendo los mismos? En este reto por construir una sociedad humilde de bienestar para todos nuestra identidad como movimiento social está en tela de juicio. Podremos venir algunos de nosotros por un tiempito, con nuestros contratos de trabajo, nuestros seguros de repatriación, nuestras necesidades sanitarias o higiénicas o de comunicación. ¿Qué seguridades e inseguridades comunes debemos construir para compartir un mismo destino? ¿Qué medios, técnicas, saberes? ¿Qué compromisos nos nacen juntos en esta experiencia de una sociedad nueva, posible, para todos? Haití nos invita a reconstruir una humanidad nueva, que no existe, la suya, la nuestra. ¿Cuáles son los espacios en los que experimentamos una proximidad más libre que haga estallar nuestra falta de conocimiento mutuo, que nos desborde de saberes portadores de bienestar, capacidades, ecología, sociedad, comunidad, riqueza humana? Tal vez la respuesta esté ahí, en este tesoro de siempre, la solidaridad en práctica, la juventud que quiere seguir teniendo fe en los suyos, en sus raíces y en sus historias de más justicia y más libertad para todas y todos.

Jaime Muñoz Perez.
Abril, 2010